

LA «RESIDENCIA DE ESTUDIANTES» Y SU OBRA

Luis GARCIA DE VALDEAVELLANO *

Al crearse, en el año 1907, la «Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas», su decreto fundacional le atribuía especialmente la misión de facilitar a los jóvenes investigadores los medios económicos o «pensiones» que les permitiesen ampliar sus estudios en los centros universitarios y científicos del extranjero. Pero, al mismo tiempo, dicho decreto preveía la fundación de instituciones o laboratorios de trabajo y de investigación destinados a promover el progreso cultural del país y de sus sistemas de enseñanza. Presidida por don Santiago Ramón y Cajal e integrada por personalidades de las más diversas ideologías, la «Junta», que recibía su inspiración del espíritu educador de don Francisco Giner y de don Manuel Bartolomé Cossío, y que era impulsada por la labor tan incansable como inteligente de su secretario don José Castillejo, creó, pues, en 1910, el «Centro de Estudios Históricos», que, bajo la dirección de don Ramón Menéndez Pidal, tanto habría de contribuir al avance de la Filología y de la Historia hispánicas, y hubo de proyectar también por entonces la fundación de una institución educativa que reuniese en una misma residencia y comunidad de habitación a los estudiantes que, procedentes de toda España, acudiesen a Madrid para seguir los cursos de las Facultades universitarias o de las escuelas técnicas radicadas en la capital del país. Esta nueva institución se concebía no sólo como un lugar de residencia para los estudiantes forasteros, sino como un verdadero hogar para los mismos, hogar a la vez intelectual y familiar en cuanto se intentaba que allí viviesen en un ambiente de familia y de estudio, en convivencia con profesores y personas escogidas de las que pudieran recibir enseñanzas, ejemplo y consejo. Este nuevo hogar estudiantil, modesto pero grato, dotado de una biblioteca fácilmente accesible, se trataba de que proporcionase al estudiante una educación total y humana al procurar que su vida se desarrollara en un medio propicio al estudio y a un enriquecimiento espiritual y ejemplaridad de conducta que la Universidad de entonces no daba ni podía dar al estudioso: conciencia de la propia estimación, hábito de las buenas maneras, conferencias frecuentes sobre los temas más diversos, lecturas literarias en común, sesiones de música, visitas colectivas a museos, excursiones domingueras a la vecina Sierra del Guadarrama y a las poblaciones cercanas a Madrid de interés artístico o histórico. Desaparecidos hacía tiempo los Colegios Mayores de las viejas Universidades españolas, don Francisco Giner pensó en la conveniencia de «lanzar un pequeño colegio universitario como tímido y callado intento hasta ver si la opinión estaba preparada para recibirlo», según le escribió en una carta a don Alberto Jiménez Fraud, un antiguo discípulo suyo, a quien, por sus condiciones personales y por su conocimiento directo de los colegios ingleses, en los que la nueva institución habría más o menos de inspirarse, consideraba la persona más adecuada para tomar a su cargo la empresa de instalar y de dirigir el hogar estudiantil proyectado, al que se designaría con el nombre de «Residen-

* Catedrático (jubilado) de la Universidad Complutense de Madrid. Académico de número de la Real Academia de la Historia.

cia de Estudiantes» y que fue efectivamente creado poco después por un Real Decreto de 1 de octubre de 1910.

La elección de don Alberto Jiménez Fraud para dirigir—y, en realidad, crear de raíz—la nueva institución educativa que se llamó «Residencia de Estudiantes» fue, en todos los aspectos, una iniciativa acertadísima porque el malagueño don Alberto se habría de revelar en seguida como un gran educador de la juventud, un verdadero «humanista»—como le he llamado en otro lugar—, ya que su preocupación preferente hubo de ser siempre la de la total formación intelectual y moral del joven en su íntegra personalidad humana. Así, Jiménez Fraud habría de dedicarse a su labor educativa con absorbente y generosa entrega, y puede decirse que llegó a fundir su propia vida con la de la institución confiada a su cuidado, de tal manera que, olvidado de sí mismo y de todo provecho personal, don Alberto era la «Residencia» como la «Residencia» era don Alberto, quien vivió siempre en su obra educadora animado por un continuo esfuerzo de superación. Ya antes de la fundación oficial de la «Residencia», Alberto Jiménez se instaló en un pequeño hotelito del número 14 de la calle de Fortuny, esquina a la de Rafael Calvo, y allí preparó en poco tiempo y con medios muy reducidos un hogar estudiantil, que nació modestísimamente, limitado a quince dormitorios, un saloncito de reunión, un comedor, una biblioteca y un diminuto jardín, estrechez que no impidió que en el sótano se organizase un incipiente laboratorio de anatomía microscópica, que durante muchos años iba a dirigir el doctor don Luis Calandre. Pero en aquella modesta residencia, solamente amueblada con muebles de pino y de mimbre, su austeridad casi monacal era animada por los libros, un piano, algunos cacharros de cerámica popular, así como por varias fotografías de cuadros famosos. Por otra parte, Alberto Jiménez supo dotar aquella residencia de un grato ambiente de convivencia humana y cultural, donde sus habitantes o «residentes», que pronto fueron quince y se consideraron como el núcleo fundador—el llamado «Colegio de los Quince»—, tenían la sensación de que no vivían como huéspedes adventicios, sino la de que estaban en su propia casa: una casa en la que se estudiaba y en la que todos se sentían unidos entre sí por un mismo espíritu, que no era otro que el de la educación humanista que allí recibían.

La «Residencia de Estudiantes» de la calle de Fortuny, confiada al cuidado de don Alberto Jiménez, no tardó en convertirse en una de las más acertadas creaciones de la «Junta para Ampliación de Estudios», porque desde un principio no se limitó a ser una casa de estudiantes, sino un foco intelectual que venía a ser un complemento de la enseñanza universitaria oficial y que frecuentaban profesores, hombres de letras y de ciencias, artistas, etc., que de esta manera se ponían en relación con los jóvenes que allí vivían, lo cual fue una práctica constante de la «Residencia» desde su fundación, al propio tiempo que en el pequeño recinto de la calle de Fortuny se procuró la instalación de algunos laboratorios para las prácticas y trabajos de investigación de los estudiantes de Medicina y Ciencias, tarea en la que ayudó mucho a Alberto Jiménez en los primeros tiempos el gran histólogo y neurólogo Nicolás Achúcarro, prematuramente fallecido en 1918. Así, el número de estudiantes que deseaban ser «residentes» fue siendo cada vez mayor, y ello obligó a ampliar la primitiva instalación, incorporándole otros hoteles limítrofes y construyendo un pabellón. La «Residencia de Estudiantes», respondiendo al espíritu que le daban Alberto Jiménez y algunos simpatizantes con

su obra, no tardó de este modo en significar algo en la vida cultural española, lo que determinó el deseo del rey Alfonso XIII, quien había sido informado por el pintor Sorolla de la existencia de esa nueva institución educativa, de visitar la «Residencia», como así lo hizo en el mes de febrero de 1911, conversando con los estudiantes que en ella residían, visita regia que fue naturalmente un aliento para el futuro desarrollo de aquel hogar estudiantil casi recién nacido.

Precisamente por la época en que la «Residencia» de la calle de Fortuny ampliaba sus instalaciones fue a habitar en ella, como un «residente» más, el gran poeta Juan Ramón Jiménez, muchos años más tarde Premio Nobel de Literatura, con lo que se cumplían una de las aspiraciones de Alberto Jiménez: la de que los estudiantes convivieran con personas mayores en años y de gran personalidad intelectual y humana, con la finalidad de que fuesen para los jóvenes, a la vez, ejemplo y estímulo. Residente circunstancial, cuando desde Barcelona se trasladaba a Madrid, fue por entonces Eugenio d'Ors, quien el año 1914 dio en la calle de Fortuny una conferencia que tituló «De la amistad y del diálogo», y, un año antes, la «Residencia» había iniciado la que luego fue copiosa serie de sus publicaciones con una cuidada edición del poema medieval de Gonzalo de Berceo *El Sacrificio de la Misa*, obra de un residente, don Antonio García Solalinde, y que se insertó en una colección de «Cuadernos de Trabajo», que pretendía dar a conocer los resultados de las investigaciones de quienes residían en la casa o de los maestros que colaboraban en las actividades culturales de la misma. También en 1914 la «Residencia» incluyó en sus publicaciones y fue la editora del primer libro que publicó don José Ortega y Gasset con el título de *Meditaciones del Quijote*, obra no por ser primeriza menos importante del ilustre filósofo, que desde los primeros tiempos fue un asiduo de la casa y de los que con mayor entusiasmo apoyaron con su presencia y su aliento la labor de Alberto Jiménez. Además, igualmente en 1914, don Alberto quiso exponer por medio de la letra impresa lo que la «Residencia» era, o quería ser, y, escrito por pluma, se publicó un folleto a manera de programa de la institución, y del que parece indispensable transcribir aquí los párrafos siguientes: «La Residencia es una asociación de estudiantes españoles que cree, como se cree en la vida misma, en una futura y alta misión espiritual de España, y que pretende contribuir a formar en su seno, por mutua exaltación, el estudiante rico en virtudes públicas y ciudadanas, capaz de cumplir dignamente, cuando sea llamado a ello, lo que de él exijan los destinos históricos de la raza». «La Residencia —se añadía en ese programa— quiere ser el hogar espiritual donde se fragüe y depure, en corazones jóvenes, el sentimiento profundo del amor a la España que se está haciendo, a la que dentro de poco tendremos que hacer con nuestras manos.»

La importancia adquirida en poco tiempo por la «Residencia de Estudiantes» hizo necesario construir para su instalación definitiva unos edificios adecuados, capaces de albergar gran número de estudiantes y más aptos para los fines de investigación científica que se proponía cumplir. A este fin se construyeron en la zona norte de Madrid, al final de la calle del Pinar y en un montecillo entonces llamado «Cerro del Viento», unos pabellones de ladrillo con un cierto aire de mudejarismo popular, próximos al antiguo Canalillo que, flanqueado de chopos y de algunas acacias, rodeaba y refrescaba los edificios contruidos por los arquitectos don Antonio Flórez y don Francisco Luque.

En torno a los mencionados pabellones, cuyos rojizos ladrillos no tardó en parte en cubrir la yedra, se hicieron plantaciones de árboles y arbustos: almendros, albaricoqueros, plátanos, acacias y, sobre todo, chopos, que hicieron que Juan Ramón Jiménez diese al antiguo Cerro del Viento, así transformado, el nombre de «Colina de los Chopos», al propio tiempo que el poeta de *Platero y yo* disponía, con acendrado gusto, en el espacio entre dos pabellones, la plantación de lo que él mismo llamó «el jardín de las adelfas». De esta manera, los nuevos locales de la «Residencia» se convirtieron en una pequeña ciudad estudiantil, con un pabellón destinado a laboratorios y que los estudiantes llamaban el «transatlántico», con una selecta biblioteca y un salón de reuniones para conferencias y conciertos, a todo lo cual venían a añadirse en los solares inmediatos campos de tenis y de fútbol para los pasatiempos deportivos de los «residentes». Sin embargo, el interior de la nueva «Residencia» seguía siendo la austeridad misma, falto todo él de cualquier ornamentación superflua, sin otro lujo que un piano de cola en el salón de reuniones, pero animado aquel sencillo hogar estudiantil—al igual que en la calle de Fortuny— por los cacharros de cerámica popular y las fotografías de algunos cuadros, como la del melancólico «San Jorge» de Jaume Huguet. Puede decirse que en aquella casa, donde no faltaba, claro está, la alegría de la juventud, todo era espíritu y grata convivencia, y por ello don Ramón Menéndez Pidal, presidente durante mucho tiempo del Patronato de la «Residencia», escribió años después que a la «extraordinaria riqueza espiritual» de aquella casa se unía una «extraordinaria sencillez material».

La instalación de la «Residencia de Estudiantes» en los pabellones de la calle del Pinar se hizo en 1915 y vino a coincidir con el año de la muerte de don Francisco Giner y con la época en que casi toda Europa ardía en la terrible guerra de 1914 a 1918. Pero, apartada España de la contienda mundial, la «Residencia de Estudiantes» de Madrid supo convertirse por obra de Alberto Jiménez en uno de los pocos lugares en que aún era posible dedicarse a la educación pacífica y humanista de la juventud. Así, en los pabellones de la madrileña «Colina de los Chopos» se estudiaban diversas ciencias y técnicas, se daban conferencias cada vez más frecuentes, se establecían nuevos laboratorios de investigación científica dirigidos por don Antonio Madinaveitia, don José María Sacristán, don Juan Negrín y don Gonzalo R. Lafora, y se daban conciertos y lecturas literarias. Entre tanto, hasta el año 1935 continuaron apareciendo periódicamente las publicaciones de la «Residencia» acrecentadas con nuevos títulos. Fueron éstos *Aprendizaje y heroísmo y Grandeza y servidumbre de la inteligencia*, de Eugenio d'Ors; *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín*, *Disciplina y rebeldía* y *Ensayo sobre el sentido de la cultura española*, de Federico de Onís; *La edad heroica*, de Luis de Zulueta; *Vida de Beethoven*, de Romain Rolland, traducida al español por Juan Ramón Jiménez; *El protectorado francés en Marruecos y sus enseñanzas para la acción española*, del diplomático don Manuel González Hontoria; *Constituciones Baulie Mirabeti*, edición por el entonces «residente» y más tarde catedrático de Historia del Derecho español don Galo Sánchez del texto latino de unas costumbres jurídicas catalanas de la Edad Media; *¿Qué es la electricidad?* y *Principio de relatividad*, del gran físico don Blas Cabrera; *La base trófica de la inteligencia*, del doctor Ramón Turró; *La imagen óptica: telescopio y microscopio*, de don Joaquín María de Castellarnáu; *Las fuentes del Derecho civil español*, de don Felipe Clemente de Diego; *Porvenir de la literatura española después de la*

guerra, de la condesa de Pardo Bazán; *La crisis económico-financiera y la conferencia de Génova*, de don Francisco Cambó; las obras de Azorín *Al margen de los clásicos*, *El licenciado Vidriera* y *Un pueblecito*; la colección en siete volúmenes de los *Ensayos*, de don Miguel de Unamuno; *El sentimiento de la riqueza en Castilla*, de Pedro Corominas; *La filosofía de Henri Bergson*, de Manuel García Morente; la primera edición de las *Poesías completas*, de Antonio Machado; una nueva edición de *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez; *Cuarenta canciones españolas armonizadas*, de Eduardo Martínez Torner; *Treinta canciones de Lope de Vega*, de José Bal y Gay. Muchas de estas publicaciones eran reflejo de la tarea cultural que realizaba la «Residencia» en cuanto algunas recogían los textos de las conferencias dadas en la casa o de los trabajos de investigación de sus cursos y laboratorios.

La presencia junto a los estudiantes de personas de reconocido prestigio intelectual, ya porque viviesen en la «Residencia» misma, ya porque fuesen sus huéspedes ocasionales o porque visitasen la casa con frecuencia era, como ya se ha dicho, una de las aspiraciones de Alberto Jiménez en sus esfuerzos por la educación humanista de los jóvenes que vivían y estudiaban en aquel hogar por él dirigido con tanto afán de continua superación. Así, don Alberto procuró que en los pabellones de la calle del Pinar no sólo trabajasen los científicos de sus laboratorios, sino que en ellos residiesen algunas personalidades en convivencia diaria y cordial con los estudiantes. En este sentido, colaboradores inapreciables de Alberto Jiménez, en tanto que residentes en la casa, fueron especialmente, además de Juan Ramón Jiménez, Ricardo de Orueta y José Moreno Villa, dos malagueños que habitaban en la «Residencia» en constante relación de amistad con los estudiantes. Juan Ramón Jiménez solamente durante algunos años vivió en la «Residencia», pero tanto Orueta como Moreno Villa allí residieron mientras subsistió la institución educativa que alentaba el espíritu educador de don Alberto. Era don Ricardo de Orueta un malagueño mayor en años que Alberto Jiménez, amigo de éste desde siempre y había estudiado en París el arte de la escultura, adquiriendo después gran prestigio como historiador de la escultura española con sus libros sobre *Berruguete y su obra*, *Pedro de Mena y La escultura funeraria en España*, y Orueta era quien llevaba muchos domingos a los residentes a visitar Toledo, Avila o Segovia. En cuanto a José Moreno Villa, otro malagueño, se trataba de un amigo de juventud de Alberto Jiménez, escritor, poeta, pintor y crítico de arte, pero, sobre todo, el delicado poeta de *El pasajero*, *Evoluciones*, *Colección*, *Jacinta la pelirroja* y *Puentes que no acaban*, libros en algunos de los cuales alternaba la prosa con el verso. Moreno Villa dirigía las visitas al Museo del Prado de los residentes y fue siempre para éstos un amigo y maestro ejemplar. Residente circunstancial era don Miguel de Unamuno, quien casi siempre que desde Salamanca se trasladaba a Madrid se alojaba en la «Colina de los Chopos». «Era Unamuno—ha escrito Alberto Jiménez en uno de sus libros—el perfecto residente. Gustoso guardador de las costumbres residenciales, la frugalidad y sencillez clásicas con que ordenaba su vida añadían sobriedad a la sobriedad del medio. Desde que aparecía muy de mañana, entre los residentes, hasta que se retiraba a descansar tenía montada su «escuela», sentado al aire libre o vagando por los jardines, o instalado en un ángulo del salón, y en todo momento rodeado de entusiastas residentes que escuchaban sus palabras con avidez y respeto. Otro residente circunstancial, cuando más de tarde en tarde venía a

Madrid, era Antonio Machado, y visitantes frecuentes de la «Residencia» fueron, entre otros muchos, don Santiago Ramón y Cajal, don Ramón Menéndez Pidal, don José Ortega y Gasset y don Américo Castro.

Como un estudiante más llegó a la «Residencia» en 1918 un joven granadino, Federico García Lorca, quien era ya entonces el poeta de su Granada nativa y que pronto sería el poeta sorprendente del *Romancero gitano* y de tantas obras más, hoy universalmente admiradas. Federico García Lorca, sa'ivo las vacaciones veraniegas, vivió ininterrumpidamente en la «Residencia» desde 1918 a 1928 y aun en años posteriores sería con frecuencia residente circunstancial, haciendo de su cuarto de la «Residencia» el lugar preferido de su creación poética y dando en la casa conferencias y lecturas privadas o públicas de sus poesías. Por otra parte, a temporadas vivieron también en la «Residencia» otros grandes poetas como Emilio Prados y Rafael Alberti, y a la casa acudían siempre que les era posible Pedro Salinas, Jorge Guillén y Dámaso Alonso, y todos estos poetas de la que luego se llamará con el tiempo «generación de 1927» escogían la «Residencia» para leerse los unos a los otros las primicias de sus poemas, o leer en alta voz los versos de Góngora, o, junto a jóvenes músicos de entonces, escuchar a García Lorca tocar en el piano de la sala de reuniones —e incluso cantarlas recreándolas— viejas canciones populares españolas. Y entre los estudiantes mismos que en la casa residían figuraban los que habrían de ser, tiempo adelante, grandes pintores como Salvador Dalí, cineastas que alcanzarían fama mundial como Luis Buñuel, investigadores de la Medicina como Severo Ochoa —años más tarde Premio Nobel— y Francisco Grande Covián, futuros catedráticos y profesores como José Antonio Rubio Sacristán y Manuel García Pelayo, poetas entonces adolescentes como Gabriel Celaya. De este modo, la «Residencia» de la calle del Pinar fue siendo cada vez con mayor intensidad el hogar intelectual formativo de la juventud con el que desde un principio soñó Alberto Jiménez. En cada modesto cuarto de la «Residencia», de ajuar reducido a lo más indispensable para la comodidad de la vida y del estudio, los residentes estudiaban en silencio las ciencias o técnicas de sus preferencias y se preparaban para llegar a ser los hombres capaces de enfrentarse dignamente con el futuro de su país, como quería Alberto Jiménez, al mismo tiempo que su espíritu se enriquecía con la asistencia a las conferencias, lecturas literarias o veladas musicales y con la frecuentación de los hombres de Ciencias y de Letras que en la casa vivían o que habitualmente la visitaban. Por eso, don Francisco Cambó, en una conferencia que dio en la «Residencia» el año 1917, cuando todavía la guerra asolaba a Europa, pudo decirles a los residentes de aquella época las palabras siguientes: «Y celebro hablar entre vosotros, en esta Residencia de estudiantes, que es como un oasis en el desierto, donde tienen repercusión las vibraciones de la vida universal, donde no se vive en ese alejamiento total y letal de la vida del mundo.» Algunos años después el escritor francés Maurice Martin du Gard escribiría en *Les Nouvelles Littéraires* que la «Residencia de Estudiantes» de Madrid era «une forte citadelle de l'humanisme espagnol».

Pero una característica fundamental de la obra de la «Residencia de Estudiantes» que dirigía Alberto Jiménez fue, sin duda, la de que por aquella casa pasasen y residiesen unos pocos días o por más tiempo —y en ella diesen conferencias— algunas de las figuras más eminentes de las Ciencias, de las Letras y de las Artes del mundo de entonces. Así, huéspedes de la «Colina

de los Chopos», acogidos por Alberto Jiménez y su mujer Natalia Cossio, fueron, entre otros, nada menos que Alberto Einstein, el novelista inglés Wells, el arqueólogo Howard Carter, el economista Keynes, el músico Stravinsky, la descubridora del «rádium» madame Curie, a los cuales los residentes pudieron conocer y escuchar sin necesidad de moverse de su casa. El primer gran intelectual europeo que estuvo en la «Residencia» fue, en 1916, el filósofo francés Henri Bergson, quien visitó la «Colina de los Chopos» para dirigir unas conmovedoras palabras de paz y de amistad a los jóvenes estudiantes españoles que allí vivían. Dos años más tarde, en 1918, llegó a vivir en la «Residencia», en la que pasó largas temporadas y se convirtió en un verdadero amigo de la casa y de Alberto Jiménez, el musicólogo e historiador inglés John B. Trend, quien al ver la intensa espiritualidad de la institución educativa a la que se acogía, la obra de estudio y de cultura que allí se realizaba y la verde yedra trepadora que cubría los pabellones no pudo menos de comparar todo ello con los viejos colegios universitarios ingleses y exclamar asombrado «¡Oxford y Cambridge en Madrid!». En 1922 fueron huéspedes de la «Residencia» y dieron en ella conferencias el delicado poeta portugués Eugenio de Castro y el famoso novelista inglés H. G. Wells, quien habló a los residentes para expresar su admiración por la obra que la «Residencia» estaba haciendo de «establecer y reforzar un intercambio intelectual entre las comunidades que hablan español y las que hablan inglés». De esta conferencia de Wells resultó una intensificación del intercambio cultural entre España e Inglaterra, a lo que contribuyeron decisivamente el interés y la influencia social del entonces duque de Alba, don Jacobo Fitz-James Stuart, gran amigo de la «Residencia» y de Alberto Jiménez, ya que a la iniciativa de ese prócer español y de sir Esme Howard, a la sazón embajador de la Gran Bretaña en España, se debió la fundación en 1923 del «Comité Hispano-Inglés» con la finalidad de hacer más intensas las relaciones culturales entre ingleses y españoles mediante la organización de conferencias y la creación de becas que permitiesen a los estudiantes británicos residir y estudiar en la «Residencia» y a los españoles hacer lo mismo en Oxford y Cambridge. Así, pronto vino a la «Residencia» y dio una conferencia el escritor inglés, católico de religión, Hilaire Belloc, un poco después de que en la casa se alojase y hablase el doctor alemán Jorge Federico Nicolai sobre el sugestivo tema «¿Qué es la vida?». Pero el año 1923 fue, sobre todo, el de la llegada a la «Residencia» de Alberto Einstein, quien dio una conferencia sobre su teoría de la relatividad, expuesta en lengua alemana y que, a medida que la iba pronunciando, traducía al español don José Ortega y Gasset. A la estancia y conferencia de Einstein en la «Colina de los Chopos» sucedió la fundación, en 1924, de la «Sociedad de Cursos y Conferencias», cuya sede se estableció en la «Residencia» y que, como el Comité Hispano-Inglés, contribuyó mucho al impulso de las conferencias que en ella se daban por españoles y extranjeros. En 1924 residieron y hablaron en la «Residencia» el etnólogo africanista Leo Frobenius y el gran poeta francés Paul Valéry, a los que siguió el descubridor con Lord Carnavon de la tumba del faraón egipcio Tutankhamen, es decir, el arqueólogo inglés Howard Carter, quien dio ante los residentes y numeroso público una conferencia con proyecciones sobre tan extraordinario descubrimiento y que causó verdadera sensación entre los que acudieron a escucharla. Un año después, a la «Residencia» correspondió dar a conocer entre nosotros el movimiento literario y artístico que se llamó «superrealis-

mo» y del que habló en 1925 el poeta francés Louis Aragon, en tanto que en ese mismo año vinieron también a dar conferencias otros escritores franceses, como Blaise Cendrars, el gran poeta Paul Claudel—quien habló de literatura japonesa y leyó a los residentes su drama *Le soulier de satin*—y el novelista Georges Duhamel. Al año siguiente, en 1926, fueron residentes por unos días el general inglés C. G. Bruce, el escritor francés Max Jacob, el filósofo alemán conde de Keyserling, el literato inglés G. K. Chesterton, el profesor inglés A. P. Newton y el psiquiatra austriaco doctor Rudolf Allers. El general Bruce era un explorador británico que habló acerca de las expediciones al Himalaya en 1922 y 1924 y de sus intentos no logrados de alcanzar la cima del Everest; Max Jacob expuso en una preciosa conferencia los motivos de su conversión al Catolicismo; el conde de Keyserling, fundador de la llamada «Escuela de la Sabiduría» de Darmstadt, habló de «La nueva Era en formación», profetizando—y no se equivocó—que sería tecnocrática; G. K. Chesterton, maestro de la ironía y de la paradoja disertó acerca de «El espíritu caballeresco en la Historia». En los años siguientes continuaron viniendo a alojarse en la «Residencia» y a dar conferencias en la misma otras muchas personalidades extranjeras. Así, A. Hamilton Rice, quien trató de sus expediciones a la Guayana desconocida; el italiano Marinetti, el creador de la teoría estética que se llamó «futurismo», de la cual habló ante los residentes; el etnógrafo británico Th. A. Joyce, que dio una conferencia acerca del arte y la cultura mayas y de sus descubrimientos en las ruinas de la ciudad maya de Labantuum, en la Honduras inglesa; el psicoanalista austriaco Sándor Ferenczi; el historiador portugués del arte Reynaldo dos Santos; el explorador y arqueólogo inglés C. Leonard Wooley, cuya conferencia versó sobre la antigua ciudad de Ur, en Sumeria; el arquitecto Le Corbusier, quien expuso sus originales y audaces concepciones acerca de una nueva arquitectura; el novelista francés—más tarde Premio Nobel de Literatura—François Mauriac, que vino juntamente con su compatriota Ramón Fernández y ambos hablaron, desde sus respectivos puntos de vista, de «Dos respuestas a la inquietud moderna»; el astrónomo inglés sir Arthur S. Eddington y el profesor francés R. Lantier. En 1930 vinieron a la «Residencia» y fueron huéspedes de la misma el famoso economista inglés John M. Keynes, renovador de los estudios de Teoría Económica, que habló del tema «Posible situación económica de nuestros nietos», y, asimismo, también el ilustre físico francés duque Maurice de Broglie, quien trató de «La Lumière et ce qu'en pense la science d'aujourd'hui». Durante el año siguiente, la «Residencia del Estudiantes» se honraba con la presencia en ella de la famosa descubridora del «rádium», madame Curie, que dio una conferencia acerca de «La radiactividad y la evolución de la ciencia». A todos estos nombres ilustres, cuya enumeración pormenorizada resultaría enojosa y no cabría en los límites de este artículo, seguirían los del egiptólogo inglés G. Elliot Smith, el político italiano conde Sforza, el arqueólogo Ernst Kühnel, el explorador británico Bertram Thomas, el arquitecto inglés Edwin Luytens, el profesor francés Jean Baruzi, especialista de San Juan de la Cruz; el filósofo alemán Paul-Louis Landsberg, y otros muchos.

En la obra cultural de la «Residencia de Estudiantes», tal como la concebía Alberto Jiménez, no faltaron varias escogidas representaciones teatrales y proyecciones cinematográficas—alguna con las primicias del arte cinematográfico de René Clair—, pero, sobre todo, en la «Colina de los Chopos» se concedió especial atención a la música. Ya el año 1914, en la calle de

Fortuny y en los comienzos de la «Residencia», el musicólogo francés André Pirro había dado una conferencia sobre «Jean-Sebastien Bach, auteur comique», cuyo texto fue editado por las publicaciones residenciales. En 1920 la célebre clavicembalista Wanda Landowska dio en la «Residencia» un concierto de clavicémbalo; en 1928 el compositor francés Maurice Ravel dio otro concierto de sus obras en el que él mismo actuó como pianista; en el mismo año el famoso guitarrista Andrés Segovia ofreció a los residentes una conferencia-concierto acerca de «El laúd, la vihuela y la guitarra», y por el piano de cola de la sala de reuniones residencial corrieron las manos de Manuel de Falla interpretando algunas de sus obras, en tanto que de música hablaban a los residentes Eduardo Martínez Torner y José Bal y Gay. Dos músicos franceses de fama, Darius Milhaud y Francis Poulenc —del grupo musical llamado «de los seis»— fueron también huéspedes de la «Residencia» y dieron en ella conferencias y conciertos como los dieron asimismo en ocasiones diversas otros compositores, ejecutantes y orquestas, como Ricardo Viñes, Joaquín Turina, Oscar Esplá y el grupo de cámara y de solistas de la Orquesta Filarmonica de Madrid bajo la dirección de Gustavo Pittaluga. En 1933 se inauguró, contiguo a los pabellones residenciales, un «Auditorium» para conciertos, representaciones teatrales y conferencias. Allí «The New English Singers» cantaron en 1933 viejos madrigales y canciones inglesas y, cuando en octubre de 1934 Igor Strawinsky fue en la «Residencia» huésped de Alberto Jiménez y de Natalia Cossío, en aquel «Auditorium» ofreció el gran compositor ruso a los residentes dos conciertos de sus obras, cuya parte de piano fue ejecutada por el propio Strawinsky.

A estas brillantes manifestaciones externas de la obra cultural de la «Residencia de Estudiantes» de Madrid —que desde 1926 tenían su eco impreso en la revista *Residencia*— correspondía en el activo silencio de los laboratorios allí instalados la callada tarea de los investigadores que en ellos trabajaban. A los laboratorios ya existentes en 1919 se añadió ese año un «Laboratorio de Histología normal y patológica» dirigido por el gran histólogo español don Pío del Río Hortega, antiguo discípulo de Cajal y de Achúcarro y que en su centro investigador de la «Residencia» llevó a cabo silenciosamente durante años una tarea investigadora apreciadísima en todo el mundo científico, logrando mediante la originalidad de sus métodos hacer visibles los más delicados fenómenos de la estructura de las células. Por otra parte, seguían los trabajos de otros laboratorios residenciales y especialmente los del «Laboratorio de Fisiología general» que dirigía el doctor Negrín y en el que se educaron hombres de ciencia de la categoría de Francisco Grande Covián, uno de los maestros actuales en Fisiología de la Nutrición, y Severo Ochoa, a quien años más tarde se le concedió el Premio Nobel de Medicina. Es decir, que en aquella «Residencia de Estudiantes» de Madrid, alentada por el idealismo humanista de Alberto Jiménez, residieron y trabajaron dos españoles —Juan Ramón Jiménez y Severo Ochoa— que llegaron a alcanzar el raro honor del Premio Nobel. Ninguna institución española educativa o científica puede, en verdad, presentar hasta ahora igual ejecutoria.